

Santiago, Octubre 10 de 1945

Admirada Mari Yan:

Mi consorte se ha apresurado para escribir la carta en la cual ella y yo deseamos expresar nuestra gratitud por el ejemplar de su bello libro "El Estanque" que tuvo la bondad de hacernos personalmente. La dedicatoria con que lo he enriquecido vigoriza, al unirnos a ella y a mi en sus fases de bondad, el sacramento que lleva mas desde hace años con no interrumpida alegría.

Olympia terminó de leerme anoche los tres cuentos que informan la empresa, delicada y original obra de Ud. La lectura nos ha sido profundamente grata porque los temas de los cuentos están desarrollados con naturalidad que seduce y delicia cumpliendo así con el propósito esencial de las creaciones literarias.

La tendencia tan personal suya de ser en su aspecto trascendental y, a veces, esotérico algunos episodios de la vida por Ud. recordada, es otro de los encantos del libro. Su espíritu, fino, sonador y con no poco de romántico, triunfa en la empresa de hacernos sentir la poesía de las representaciones en que se cumple de deliciosamente. Esa poesía es para nosotros de extraordinario valor porque deja ver el espíritu de quien la ha expre-

sado con estilo limpio y armonioso. Es un
acierto suyo el no mostrarnos de la rea-
lidad objetiva sino lo que hay en ella
de concordante con las representaciones
espirituales que nos describe. He anota-
do algunas de esas referencias expresi-
vas de su estado de ánimo, como, entre
muchas otras, las dos siguientes: "Salgo
a caminar por el fondo. Me asombra
la variedad de los paisajes que atravie-
so, a peces sonrientes, enjambres de helectos
tiernos, de grandes flores luminosas y
efímeras; otros enjambres y tetrías
hasta la desesperación. Las montañas
cercan los bosques apretados. Nada se
agita; todo es permanente y estático;" y
"El chirrido musical de la máquina
trilladora se mezcla en mis recuerdos
a una gran sinfonía amarilla. La tierra
cubierta de hierba el mundo cubierto de hierba
fisábamos las hebras de la paja dorada
que despedían una fragancia tibia, más
suave que el aroma de la miel. La
perra nos invitaba a subir y arriba
había para todos, lechos olorosos y blan-
dos. Luego venía el vertigo de arrojarse
por la pendiente liviana, también ama-
rilla y el peligro de quedar sepultados bajo la

montaña de oro tan leve como el plumaje de las palomas"

Estas indicaciones corresponden a bien visibles momentos de su vida psicológica, no son meras pinceladas decorativas o banos telones de fondo.

¿Cuál de los tres cuentos es el mejor? No podríamos decirlo, como tampoco cuál es el más bello. Para eso sería necesario que fuésemos jueces y, lo sabe Dios bien, no somos. Sino público, y, así, aplaudimos entusiastamente su nueva demostración de ser D.D. una novelista original y una artista de raza.

La saludan y la felicitan sus amigos y admiradores

Miguel Luis Rocasch Olympie T. P. de Mocuant